

CINCO MIEDOS

Volumen 1 – Sermón No. 148

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 23 DE AGOSTO DE 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***"Con todo yo también sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen
ante su presencia."
Eclesiastés 8:12***

He oído decir a veces a los hombres malvados, cuando quieren impugnar la justicia del Altísimo, que es injusto que Dios condene a los hombres por el uso de las capacidades que Él mismo les ha dado. Este sutilísimo mal ha afligido a menudo los corazones de los débiles e ignorantes y no han visto su falsedad, pues, para decirlo claramente, es una burda mentira. Dios no condena a los hombres por el uso de las capacidades que les ha dado, los condena por el mal uso de esas capacidades. No por emplearlas, sino por emplearlas como no deben hacerlo. No por pensar, no por hablar, no por hacer, sino por pensar, hablar y hacer, en contra de Su ley.

Dios no condena a ningún hombre por el uso de las capacidades que le ha dado... que se repita. pero sí los condena por el abuso de esos poderes, y por su descaro al atreverse a convertir esos poderes que les ha dado por Su honor, contra Su servicio y contra Su trono. Ahora, amigos míos, no hay ninguna capacidad que Dios nos haya dado que no pueda ser empleada por Dios. Creo que David dijo una gran verdad, así como una gran exhortación para sí mismo, cuando dijo: "Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre".

No hay nada en el hombre que Dios no haya puesto ahí, que no pueda ser empleado al servicio de Dios. Algunos pueden preguntarme si la ira puede ser traída, yo respondo que sí. Un buen hombre puede servir a Dios estando enojado con el pecado. Y estar enfadado contra el pecado es una cosa alta y santa. Quizá me pregunte si la burla puede ser empleada. Yo respondo que sí. Creo que podemos emplearla en la predicación de la Palabra de Dios. Lo sé, siempre tengo la intención de usarla, y si con una risa puedo hacer que los hombres vean la locura de un error mejor que de otra manera, se reirán y reirán aquí también. Porque la burla es para ser usado al servicio de Dios.

Y cada capacidad que Dios ha implantado en el hombre, no haré ninguna excepción, puede ser usada para el servicio de Dios y para el honor de Dios. Lo que el hombre ha

obtenido para sí mismo por la Caída no puede emplearse para servir a Dios; no podemos traer ante Dios el robo de Adán para que sea un sacrificio al Todopoderoso. Tampoco pueden nuestras propias pasiones carnales y pecaminosas honrar al Altísimo. Pero hay capacidades naturales que Dios ha conferido y ninguno de ellas es en sí mismo pecaminosa. Por lo tanto, quiero que se empleen para el Maestro. Sí, incluso aquellas capacidades con los que parece imposible adorar, como las capacidades de asimilación, de comer y beber, pueden ser llevados a honrar a Dios. Porque, ¿qué dice el Apóstol? "Ya sea que coman o beban, o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios, dando gracias a Dios y Padre por Jesucristo".

Ahora notarán que el miedo puede estar unido al servicio de Dios. El verdadero miedo, no el miedo sino la fe, salva el alma. La fuerza y la liberación del cristiano no es la duda sino la confianza. Aun así, el miedo, como una de esas capacidades que Dios nos ha dado, no es en sí misma pecaminosa. El miedo puede ser usado para los propósitos más pecaminosos, al mismo tiempo puede ser tan ennoblecido por la gracia y tan usado para el servicio de Dios, que puede llegar a ser la parte más grandiosa del hombre. De hecho, las Escrituras han honrado el miedo, porque toda la piedad se comprende en estas palabras, "Teme a Dios". "El temor del Señor". "Los que le temen".

Estas frases se emplean para expresar la verdadera piedad y los hombres que la poseen. El miedo, he dicho, puede arruinar el alma, por desgracia, ha arruinado a multitudes. Oh, miedo, tú eres la roca en la que muchos barcos han naufragado. Muchas almas han sufrido destrucción espiritual a través de ti, pero no ha sido el temor de Dios, sino el temor del hombre. Muchos han corrido contra las gruesas protuberancias del escudo del Todopoderoso y han desafiado a Dios para escapar de la ira del hombre débil. Muchos, por miedo a las pérdidas mundanas, han traído una gran culpa a sus conciencias. Algunos, por temor al ridículo y a la risa, no han tenido la audacia de seguir lo correcto y, por lo tanto, se han extraviado y se han arruinado.

Sí, y donde el miedo no produce una destrucción total, es capaz de hacer mucho daño al espíritu. El miedo ha paralizado el brazo del más gigantesco cristiano, lo ha detenido en su carrera y le ha impedido en sus labores. La fe puede hacer cualquier cosa, pero el miedo, el miedo pecaminoso, no puede hacer nada en absoluto, sino incluso impedir que la fe realice sus trabajos. El miedo ha hecho que el cristiano se entristezca, tanto de noche como de día. El miedo a que sus deseos no sean satisfechos y a que sus necesidades sean satisfechas, ha llevado al cristiano a tener pensamientos indignos. Y el miedo desconfiado y dudoso le ha hecho deshonorar a Dios y le ha impedido chupar la miel de las promesas.

El miedo ha impedido a muchos hijos de Dios cumplir con su deber, hacer una profesión audaz. El miedo ha traído la esclavitud a su espíritu. Miedo mal usado, eres la mayor

maldición del cristiano y la ruina del pecador. Eres una serpiente astuta, que se arrastra entre las espinas del pecado y cuando se te permite retorcerte alrededor de la hombría, la aplastas en tus pliegues y la envenenas con tu veneno. Nada puede ser peor que este miedo pecaminoso. Ha masacrado a un sinnúmero y ha enviado a miles al infierno. Pero, sin embargo, puede parecer una paradoja. El miedo, cuando se emplea correctamente, es el estado más brillante del cristianismo y se usa para expresar toda piedad, comprendida en una sola emoción. "El temor de Dios" es la constante descripción que da la Escritura de la verdadera religión.

Y ahora, amado, quiero que esta mañana tengas un poco de paciencia conmigo, mientras trato de ir tras ciertas almas temerosas cuyo miedo es del tipo correcto, incluso un miedo que da la salvación, pero que a través de él están sufriendo ahora algún grado de tormento y están deseando ser liberados de él. Un viejo puritano dice: "Jesucristo le daría la mano a un hombre con parálisis". Debo intentar hacer lo mismo esta mañana. Algunos de ustedes tienen la parálisis del miedo. Quiero ir tras ustedes y decirles: "No teman". Quiero pedirles que se animen, porque Dios los consolará. Hay cinco tipos diferentes de miedo en los que las personas están trabajando y que ahora me esforzaría por abordar.

1. Hay, primero, EL MIEDO CAUSADO POR UNA CONCIENCIA DESPERTADA. Este es el grado más mínimo de temor divino. A partir de aquí toda la verdadera piedad toma su ascenso. Por naturaleza, el pecador no teme la ira de Dios, piensa que el pecado es una pequeña cosa. Mira sus placeres y olvida su castigo. Atrae al Todopoderoso a la guerra y levanta su brazo enclenque contra el Eterno. Sin embargo, tan pronto como es despertado por el Espíritu de Dios, el miedo se apodera de su corazón. Las flechas del Todopoderoso consumen su espíritu, los truenos de la Ley ruedan por sus oídos. Siente que su vida es incierta y su cuerpo frágil. Teme a la muerte porque sabe que la muerte sería para él el prelude de la destrucción.

Teme la vida, porque la vida misma es insoportable cuando la ira de Dios se derrama en su alma. Muchos de los que están ahora ante mí han pasado por esa terrible prueba de sufrimiento bajo el sentido de la ira de Dios. Nosotros, hermanos míos, nunca olvidaremos, hasta el día de nuestra muerte, esa hora de desesperado dolor cuando descubrimos nuestro estado perdido. Por la predicación de la Palabra, por la lectura de las Escrituras, por la oración, o por alguna providencia, fuimos llevados a mirar hacia adentro. Descubrimos la maldad de nuestros corazones y escuchamos cómo Dios castigaría terriblemente al transgresor.

¿No recuerdas cómo empezamos desde nuestras camas por la mañana, habiendo dormido intranquilamente e inclinado las rodillas en oración y orado hasta que el sudor caliente corrió por nuestra frente? ¿Pero no nos levantamos sin la esperanza de que nos

hubieran escuchado? ¿No recordáis cómo, en nuestros asuntos, a veces estábamos tan distraídos que los que nos rodeaban pensaban que debíamos estar desprovistos de sentido común? ¿No recuerdas que las mejores comidas parecían tener la amargura del ajeno y que las más dulces se mezclaban con la hiel? ¿Cómo todo el día nos afligimos y nos fuimos a la cama por la noche con otra oración, todavía tan llenos de agonía y todavía tan desesperados?

Y por la noche no podíamos dormir, pero soñábamos con la ira que vendría, teníamos sueños más horribles que los que habíamos soñado antes. Cada noche y día la ira de Dios parecía aumentar y nuestros dolores y agonías se volvían más terribles. Oh, nunca lo olvidaremos; los que hemos pasado por lo mismo nunca dejaremos que ese tiempo se olvide, porque el tiempo de su comienzo fue el tiempo de nuestra conversión y el tiempo de su fin fue el tiempo de nuestra salvación. ¿Hay alguien aquí que esté en este mismo estado esta mañana? Vengo detrás de vosotros y al venir detrás de vosotros proclamo las palabras de mi texto: "Con todo yo también sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia".

¡Pecador, te irá bien si ahora te hacen temer la ira de Dios a causa de tu pecado! Si Dios el Espíritu ha derramado las copas de la ira del Todopoderoso en tu alma, de modo que estés abatido y angustiado, no pienses que serás destruido, te irá bien. Déjeme consolarlos ahora, mientras sufren estas cosas. Recuerda que lo que sufres es lo que todo el pueblo de Dios ha tenido que sufrir en cierta medida. Muchos pobres corazones se me acercan cuando estoy sentado ocupándome de los ansiosos, y en otras ocasiones me dicen que están en tan profunda aflicción. Piensan que seguramente nunca nadie se sintió como ellos, y cuando empiezo a contarles la experiencia de todos los santos, y les digo que es un camino bien transitado que casi todos los viajeros al cielo han tenido que recorrer, se quedan atónitos y piensan que no puede ser así.

Te digo, pecador, que tus más profundas penas han sido sentidas por alguien incluso más intensamente de lo que tú las sientes ahora. Dices: "Me hundo en un profundo fango donde no puedo estar de pie". ¡Ha habido algunos que se han hundido más profundamente que tú! Estás hasta los tobillos. He conocido a algunos que han estado hasta los lomos y ha habido algunos que se han cubierto hasta la cabeza para poder decir: "Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí". Tus angustias son muy dolorosas, pero no son singulares, otros han tenido que soportar lo mismo. Consuélate, no es una isla desértica, otros han estado allí también. Y si han pasado por esto y han ganado la corona, tú pasarás por ella, por la gracia de Dios y heredarás aún la gloria del Creyente en el seno de Cristo.

Pero te diré algo más para consolarte. Te haré esta pregunta: ¿Deseas regresar y convertirte en lo que una vez fuiste? Tus pecados son ahora tan dolorosos que apenas

puedes comer, o beber, o dormir. Hubo un tiempo en el que tus pecados nunca te persiguieron, cuando podías beber y jugar con Satanás y con el pecado tan alegremente como cualquiera. Vamos, ¿te gustaría ser como eras entonces? "No," te oigo decir, "no, mi Maestro, mi Dios, aflígeme más, si te place, pero no me dejes endurecerme más". Pregúntale a la pobre conciencia, en las primeras agonías y tormentos de su dolor, si le gustaría ser un pecador endurecido.

"No", dice. Y cuando oye al blasfemo jurar contra Dios, se le llenan los ojos de lágrimas. Dice: "Señor, te agradezco mis miserias, si me liberan de la dureza de mi corazón. Puedo ensalzarte por mis agonías, si me salvan de tan terrible presunción, de tal rebelión contra Ti". Bueno, entonces, tened buen ánimo. Tu estado, como ves, no es el peor de todos. Hay un estado peor aún. ¡Oh, si has llegado tan lejos, espera en el nombre de Cristo que llegarás más lejos todavía! Pero el gran consuelo es éste: Jesucristo murió por ti. Si Dios el Espíritu Santo te ha mostrado que estás muerto en pecado, y si te ha revelado la grave naturaleza de tu iniquidad y te ha hecho pedazos con el arrepentimiento por tu culpa, escúchame, no hablo ahora al azar, hablo con la autoridad de Dios, ¡Jesucristo murió por ti!

Sí, para ti, el más vil de los viles. No soy alguien que cree en la redención general, creo que Jesucristo murió sólo por los que se salvarán. Murió sólo por sus elegidos. No creo que haya muerto en vano por ningún hombre vivo. Siempre he creído que Cristo fue castigado en lugar de los hombres. Ahora bien, si fue castigado en lugar de todos los hombres, no veo justicia en que Dios vuelva a castigar a los hombres después de haber castigado a Cristo por ellos. Sostengo, creo y pienso en la autoridad de las Escrituras, que Jesucristo murió por todos los que creen o creerán, y fue castigado en lugar de todos aquellos que sienten su necesidad de un Salvador y se aferran a él.

Los demás lo rechazan, lo desprecian, pecan contra Dios y son castigados por sus pecados. Pero los redimidos, habiendo sido comprados con sangre, no se perderán. La sangre de Cristo es demasiado preciosa para haber sido derramada por los hombres condenados. Es demasiado horrible pensar que el Salvador esté en el lugar de un pecador, y que éste tenga que cargar con sus propias iniquidades. Nunca puedo permitirme un pensamiento que parece tan injusto para Dios y tan inseguro para los hombres. Todo lo que el Salvador compró Él lo tendrá, todo lo que Su Padre Celestial le ha dado, Él dice, vendrá a Él.

Ahora aquí hay algo sólido para ti, pobre Alma. Te pregunto de nuevo, ¿te sientes perdida y arruinada? Entonces el Salvador te compró y te tendrá. Luego fue castigado por ti y nunca más serás castigada. Luego colgó de la cruz por ti para que no perezcas. Para ti no existe el infierno. En lo que a ti respecta, el lago eterno se ha apagado. Las mazmorras del Infierno están rotas, sus barrotes cortados en dos. Sois libres, ninguna condenación puede

atraparos, ningún demonio puede arrastraros al abismo. Eres redimido y estás salvado.

"¿Qué?" dices, "¿me he redimido? Pues, Señor, estoy lleno de pecado." Es la misma razón por la que estás redimido. "Pero me siento el más culpable de toda la raza humana". Sí, y esa es la prueba de que Cristo murió por ti. Él mismo dice, "No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento". Si tienes abundancia de buenas obras y piensas que puedes ir al cielo por ellas, perecerás, pero si conoces tu culpa y la confiesas, no es mi afirmación sino la de las Escrituras: "Palabra fiel y digna de ser aceptada: Jesucristo vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales", dice el Apóstol, "yo soy el primero". Aférrate a eso, pobre alma, y luego te repito el texto: "Con todo yo también sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia". Estará bien para ti, y aunque estés negro de pecado, un día cantarás entre los lavados con sangre en la Gloria eterna. Esa es la primera etapa del temor a Dios. Ahora procederemos a otra.

2. Hay muchos que han creído y se han convertido de verdad, pero tienen un miedo que puedo llamar EL MIEDO DE LA ANSIEDAD. Tienen miedo de no ser convertidos. Se han convertido, no hay duda de ello. A veces saben que lo son, pero en su mayor parte, tienen miedo. Hay algunas personas en el mundo que tienen una preponderancia de miedo en su carácter. Parece como si su mente, por su peculiar constitución, tuviera una mayor aptitud para el estado de miedo que para cualquier otro estado. Incluso en asuntos temporales siempre están temiendo. Y, cuando estas pobres almas se convierten, siempre temen no serlo.

Primero te dirán que tienen miedo de nunca haberse arrepentido lo suficiente. El trabajo en sus corazones, dicen, no fue profundo. Era sólo un arado superficial y nunca entró en sus almas. Entonces están seguros de que nunca vinieron a Cristo correctamente, creen que vinieron por el camino equivocado. Cómo puede ser eso, nadie lo sabe, porque no pudieron venir en absoluto, excepto que el Padre los atrajo. ¡Y el Padre no los atrajo por el camino equivocado! Aun así, sostienen que no vinieron correctamente. Entonces, si esa idea se les ocurre, dicen que no creen en lo correcto. Pero cuando eso se elimina, dicen que si se convirtieran no serían objeto de tanto pecado.

Dicen que pueden confiar en Cristo, pero temen no confiar en él correctamente. Y ellos siempre, hagan lo que hagan, regresan a la vieja condición, siempre tienen miedo. Y ahora, ¿qué les digo a estas buenas almas? Pues les diré esto: "sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia". No sólo los que creen, sino también los que temen, tienen una promesa. Me gustaría que tuvieran más fe. Desearía que se aferraran al Salvador y tuvieran más seguridad e incluso alcanzaran una confianza perfecta. Pero si no pueden, ¿pronunciaré una palabra que les haga daño?

¡Dios no lo quiera! "Con todo yo también sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia". Hay algunas de estas pobres criaturas que son las personas más santas y de mentalidad más celestial de todo el mundo. He visto hombres que, con pobres y abatidos espíritus, han exhibido las más bellas gracias. No ha habido la belleza saludable y ruborizada de la rosa, pero el lirio tiene sus bellezas, aunque parezca enfermizo, y éstas, aunque son débiles y frágiles, tienen eminentemente las gracias de la humildad y la mansedumbre, de la paciencia y la resistencia, y practican más la meditación, más el examen de conciencia, más el arrepentimiento, más la oración que cualquier otra raza de cristianos vivos.

Dios no quiera que yo moleste sus espíritus, hay algunos de los mejores hijos de Dios que siempre crecen bajo la sombra del miedo y apenas pueden llegar a decir tanto como, "Sé en quién he creído". La oscuridad es lo que más les conviene, sus ojos son débiles y la luz del sol parece cegarles, les encantan las sombras. Y aunque pensaban que podían cantar, "Conozco a mi Salvador, le amo y él me ama", vuelven atrás y empiezan a gemir en sí mismos, "¿Amo al Señor? En efecto, si es así, ¿por qué soy así?"

Estoy a punto de pronunciar una gran paradoja: creo que algunos de estos pobres temerosos tienen la mayor fe del mundo. A veces he pensado que esa gran lágrima, esa gran ansiedad debe tener una gran fe para mantener el alma viva. Veo a ese hombre ahogándose allí, veo que hay otro en el agua también. A lo lejos cree que puede nadar, le lanzan una tabla. Cree que no está en peligro de hundirse, se agarra a la tabla con mucha calma y no parece que lo haga con firmeza, pero esta pobre criatura sabe que no puede nadar, siente que debe hundirse pronto. Ahora pongan los medios de escape cerca de él, ¡cuán desesperadamente lo agarra! ¡Cómo parece que va a atravesar la tabla con los dedos!

Se aferra a ella de por vida o muerte, eso es todo, pues debe perecer si no se salva por esa tabla. En este caso, el que más teme es el que más cree. Y creo que así es a veces con los pobres espíritus abatidos. Tienen el mayor miedo al infierno y el mayor miedo de sí mismos y el mayor temor de no tener razón. Oh, qué fe deben tener, cuando son capaces de arrojar sobre Cristo y cuando sólo pueden susurrarse a sí mismos: "Creo que Él es mío". "Con todo yo también sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia".

Pero quiero consolar un poco más a estas pobres almas. No creo que un ministro haga bien en matar a los corderos. Porque, ¿dónde estarían las ovejas el año que viene si lo hiciera? Pero al mismo tiempo es su tarea hacer que los corderos se conviertan en ovejas si puede. Y vosotros, los que tenéis miedo, no diría una palabra para heriros, pero diría una palabra para consolaros si pudiera. Les recuerdo que no están en condiciones de juzgarse a sí mismos. Acabas de examinarte a ti mismo y llegaste a la conclusión de que realmente no

eres un hijo de Dios.

Ahora bien, no te ofendas conmigo, pero no daría ni un céntimo por la opinión que tienes de ti mismo. Te digo que no tienes ningún juicio. No hace mucho tiempo eras un pecador bajo y presuntuoso, y luego te considerabas bien, entonces no te creí. Bueno, entonces comenzaste a reformarte. Practicaste muchas buenas obras y pensaste que seguramente estabas arreglando tu camino al Cielo, entonces supe que estabas equivocado. Ahora te estás convirtiendo en un verdadero creyente en Cristo, pero tienes mucho miedo y dices que no estás a salvo. Sé que lo estás. No estás en condiciones de juzgar. No me gustaría verte elevado al estrado. Apenas sabrías cómo tratar con otros hombres, porque no sabes cómo tratar contigo mismo.

¿Y quién es él que puede ocuparse de sí mismo? A veces nos creemos orgullosos y nunca somos más humildes que cuando nos sentimos orgullosos. Otras veces nos creemos maravillosamente humildes y nunca estamos más orgullosos que entonces. A veces decimos dentro de nosotros mismos, "Ahora creo que estoy superando mis corrupciones". Ese es el momento en que están a punto de atacarnos más severamente. En otro momento estamos gritando, "Seguramente me cortarán", que es justo el período en que el pecado está siendo derrotado, porque lo odiamos más y gritamos más contra él. No estamos cualificados para juzgarnos a nosotros mismos, nuestra pobre balanza está tan desordenada que nunca dirá la verdad.

Ahora, entonces, renuncia a tu propio juicio, excepto hasta ahora. ¿Puedes decir que "eres un pobre pecador y nada en absoluto y que Jesucristo es tu Todo en Todo?" Entonces consuélate. No tienes derecho a estar ansioso, no tienes razón para estarlo. No podrías decir eso si no te hubieras convertido. Debes haber sido revivido por la gracia o de lo contrario no estarías ansioso en absoluto. Y debes tener fe o de lo contrario no serías capaz ni siquiera de aferrarte a Cristo para conocer tu propia nada y su suficiencia total. Pobre alma, consuélate.

Pero, ¿te digo una cosa? ¿Sabes que los más grandes del pueblo de Dios están a menudo en la misma condición que tú ahora? "No, no", dice el alma temerosa, "No creo eso, creo que cuando las personas se convierten nunca tienen ningún miedo". Y miran al ministro y dicen, "Oh, pero si pudiera ser como ese ministro. Sé que nunca tiene dudas ni miedos. Oh, si pudiera ser como el viejo diácono Fulano de Tal, un hombre tan santo, ¡cómo ora! Oh, si pudiera sentirme como el Sr. Fulano de Tal, que llama para visitarme y me habla tan dulcemente. Nunca dudan".

Ah, eso es porque no lo sabes. Aquellos que crees que son los más fuertes y están en público, tienen sus momentos de mayor debilidad cuando apenas pueden reconocer sus propios nombres en las cosas espirituales. Si uno puede hablar por los demás, aquellos de

nosotros que disfrutamos de la mayor parte de la seguridad, tenemos momentos en los que daríamos todo el mundo por sabernos poseedores de la gracia. Cuando estaríamos dispuestos a sacrificar nuestras vidas, si pudiéramos tener la sombra de una esperanza de que estábamos en el amor de Jesucristo nuestro Señor. Ahora, pequeña, si los gigantes van allí, ¿qué maravilla si los enanos lo hacen? ¿Y si los favoritos y escogidos de Dios, si sus valientes hombres, los guardaespaldas de Cristo, esos hombres cuyas espadas están en sus muslos y que defienden la verdad y son sus campeones, si a veces son débiles, qué maravilla entonces, si has de ser débil?

¿Y si los herederos de la salvación y los soldados de la Cruz a veces sienten que sus rodillas se debilitan y sus manos cuelgan y sus corazones se desmayan? ¡Qué maravilla, entonces, si ustedes, que son menos que el menor de todos los santos, a veces también están en problemas! ¡Oh, tened buen ánimo! El miedo nunca matará a nadie. "Las dudas y los miedos", dijo un viejo predicador, "son como el dolor de muelas, nada más doloroso, pero nunca fatal". El miedo a menudo nos aflige, pero nunca nos matará. Puede que nos angustie mucho pero nunca quemará el alma. Los miedos incluso hacen el bien a veces. Sin embargo, no me permito elogiarlos demasiado. El otro día oí a un predicador decir que el miedo era una buena ama de casa.

Dije: "Eso he oído, pero no lo creo. Ella nunca mantendrá un armario lleno. Ella es una buena portera. Ella puede mantener alejados a los mendigos y ladrones. Es una buena ama de casa para vigilarnos y protegernos en la noche y advertirnos de los peligros, no sea que caigamos en ellos". El miedo a la ansiedad, entonces, es un buen miedo. Toma esta promesa: "sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia".

3. Y ahora, hermanos míos, en el siguiente lugar hay un MIEDO QUE FUNCIONA COMO PRECAUCIÓN. Cuando avanzamos un poco más en la vida cristiana, nuestro estado actual no es tanto una cuestión de ansiedad como nuestro estado futuro. Creemos que nunca caeremos totalmente de la gracia. Sostenemos como doctrina cardinal de nuestra religión, que de ninguna manera Dios dejará a su pueblo o permitirá que perezca, pero a menudo pensamos dentro de nosotros mismos, "Temo que traiga deshonra a la causa de Cristo". Temo que, en algún momento de tentación, me vaya a descarriar. Temo que pierda esa paz sagrada y esa deliciosa alegría que he tenido el privilegio de disfrutar y que aun así vuelva al mundo. ¡Dios me conceda que no demuestre ser un hipócrita, después de todo!"

Ahora, tengo cientos de personas en este lugar que se sienten así y les diré un efecto negativo de este miedo. Estas personas dicen, "No me atrevo a unirme a la Iglesia, porque tengo miedo de caer". Un amigo les menciona que tienen el deber, si han creído, de hacer una profesión de su fe en el Bautismo. Dicen, "Bueno, creo que es mi deber participar de las dos instituciones de nuestro Salvador. Debo ser enterrado con Él en el Bautismo hasta la muerte. Sé que también debería tener comunión con Él en la Cena del Señor, pero no me

atrevo a unirme a la Iglesia, porque si traigo deshonra a la causa, si deshonro a la Iglesia, ¡qué triste sería!"

Ese miedo es bueno en sí mismo. Pero, ¿cree que no traería la desgracia a la causa de Cristo tal como está? Siempre estás en el lugar de culto. Nunca estás fuera. Siempre se te ha considerado como uno de la Iglesia, aunque no hayas hecho una profesión. Si pecaras, ¿no deshonrarías a la Iglesia incluso ahora? Sabes que tus parientes y amigos te estiman como cristiano. Apenas deshonrarías más a la Iglesia si te unieras a ella, porque realmente estás unido a ella. Si eres consecuente, no debes ir nunca más a la Capilla, sólo mantente alejado. Solo aléjate, cede tu asiento, vuélvete abiertamente irreligioso, y entonces no puedes deshonrar a la Iglesia. Haz una cosa o la otra, pero nunca pienses que salvarás a la Iglesia de Cristo deshonrando a Dios, como lo estás haciendo ahora.

Y entonces te haré esta pregunta, ¿Dónde crees que un hombre está seguro en los caminos de la obediencia, o en los caminos de la desobediencia? Ahora sabes que eres desobediente. Está muy seguro de ello. ¿Crees que estás más seguro donde te lleva tu voluntad o donde el Espíritu de Dios te señala el camino? Y recuerda esto, si no puedes confiar en que Dios te mantenga en pie, debes tener una fe muy pobre. Si no puedes arriesgarte a eso y unirte a la Iglesia y esperar que Cristo te guarde, entonces me temo que tendrás una terrible caída. Si no te unes a la Iglesia, traerás mucha más desgracia por estar fuera de ella que si te hubieras unido a ella y te hubieras mantenido.

Ah, amigos, creo que la unión con la Iglesia Cristiana es a menudo un medio bajo Dios, para preservar a los hombres del pecado. Porque entonces piensan que hay un vínculo sobre ellos y un derecho sagrado, y muchos de ellos son más cuidadosos con lo que hacen. Y confío en que habrá el mismo control sobre ustedes.

Pero ahora, me atrevo a decir que la pobre criatura que ha estado diciendo esto piensa que estoy a punto de condenarla. Y el pobre hombre que ha estado hablando así piensa que yo le cortaré el paso y diría que no es un hijo de Dios. ¡Dios no lo quiera! Mi texto le pertenece. Tiene miedo de caer en el pecado: "Con todo yo también sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia". Si me dijeras que no tenías miedo de caer, no te tendría en la Iglesia por nada del mundo. No serías cristiano. Todos los cristianos, cuando están en un estado correcto, tienen miedo de caer en el pecado. El santo temor es la condición apropiada de un hijo de Dios. Incluso los más confiados no caerán en la presunción.

El que conoce su amor por el Salvador y el amor de su Salvador por él, tiene miedo de deshonrarlo. Si hay un hombre que tiene una seguridad tal, que hace que el miedo esté fuera de discusión, de tal forma que nunca tenga miedo de pecar, le diré que tiene una seguridad satánica, una seguridad que vino de Satanás y no de Dios. Cuanto más seguros

estemos de nuestra propia conversión, más cuidadosos debemos ser para no ofender a Dios y más temerosos de que, por la palabra o la mirada, o por las acciones, podamos contristar al Espíritu Santo de Dios. Amo su temor y los amo a ustedes también, por ello. Sois mi hermano y hermana en Jesús si podéis decir de verdad que teméis a pecar. Buscad entonces, amigos míos, crecer en este miedo con precaución, obtened más y más de él. Y mientras no desconfíes del Salvador, aprende a desconfiar cada día más de ti mismo.

4. No te detendré muchos minutos más. Sólo tengo que notar en siguiente lugar el miedo que puedo llamar EL TEMOR DE LOS CELOS. El amor fuerte generalmente promueve los celos. "El amor es tan fuerte como la muerte". Luego viene el siguiente, "Los celos son tan crueles como la tumba". No podemos amar con fuerza sin sentir celos. No me refiero a los celos contra el objeto de nuestro amor, porque, "el amor perfecto echa fuera el temor", sino los celos contra nosotros mismos. "Oh, qué celos", dice el Apóstol, dirigiéndose a los Corintios, "qué venganza", obró la gracia en vosotros cuando os convertisteis por primera vez. El verdadero creyente, cuando tiene a su Salvador en plena posesión y en dichosa comunión, está tan celoso de que ningún rival se entrometa en su corazón.

Teme que su amigo más querido obtenga más de su corazón de lo que tiene el Salvador. Tiene miedo de su riqueza. Tiembla por su salud, por su fama, por todo lo que le es querido, para que no le absorba el corazón. Oh, ¿cuántas veces ora, "Señor, no me dejes tener un espíritu dividido. Echa abajo cada ídolo, la voluntad propia, la justicia propia". Y os digo que cuanto más ame, más temerá que provoque a su Salvador trayendo un rival a su corazón y estableciendo un anticristo en su espíritu, de modo que el miedo sea proporcional al amor. Y el amor brillante es agradable y debe caminar al lado de los celos más profundos, y el miedo más profundo. Buscad, hermanos míos, conocer el significado de la comunión y debéis conocer, entonces, el significado del miedo. Porque el miedo y la comunión deben, en gran medida, ir juntos.

5. Y ahora concluiré mencionando ese miedo que se siente CUANDO HEMOS TENIDO MANIFESTACIONES DIVINAS. ¿Alguna vez, en el silencio de la noche, miraste hacia arriba y viste las estrellas, alimentándote, como ovejas, de los pastos azules del cielo? ¿Has pensado alguna vez en esos grandes mundos, muy, muy lejanos, separados de nosotros por casi ilimitadas leguas de espacio? ¿Alguna vez, mientras meditabas sobre los cielos estrellados, te perdiste en pensamientos sobre Dios?

¿Y has sentido alguna vez, en un momento así, que podrías decir con Jacob, "¡Qué terrible es este lugar! No es otra cosa que la casa de Dios y la misma puerta del Cielo". ¿Has visto alguna vez las escarpadas colinas que elevan sus cumbres hacia los cielos? ¿Habéis visto alguna vez las tempestades que se ciernen sobre ellas, la nube de trueno que estalla sobre la montaña, los cielos que se agitan bajo el paso del Altísimo y los cielos que brillan

con fuego, cuando Dios ha enviado sus rayos? ¿Y no has temblado de que Dios estaba allí? Y, en otras temporadas más felices, ¿no has estado en tu cámara tan envuelto en la devoción, no has conocido tan manifiestamente la presencia de Dios que te has llenado de temblor?

El miedo se apoderó de ti e hizo temblar todos tus huesos, no porque temieras a Dios, sino porque entonces viste algo de Su grandeza. Se dice que cuando Moisés vio la zarza ardiente, temió mirar a Dios. Dios es un ser tan grande que la mente correctamente constituida debe siempre temer cuando se acerca a su presencia. El súbdito oriental, cuando se presentó ante su rey, lo consideró un ser tan infinitamente superior a sí mismo, que incluso en el vestíbulo comenzó a temblar, y al acercarse al trono comenzó a tambalearse y su mejilla se blanqueó de miedo.

Como Ester, se desmayaba cuando se presentaba ante el rey, tan gloriosa era su majestad. Y si es así con los monarcas terrenales, ¡cuán temeroso debe ser entrar en la presencia del Rey de reyes y sentirse cerca de él! ¡Creo que incluso en el Cielo tendremos este tipo de miedo! Ciertamente los ángeles lo tienen. No se atreven a mirar a Dios. Se cubren el rostro con sus alas y mientras gritan en voz alta, Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos, sin embargo, no se atreven a verlo. La sola visión de Él podría destruirlos y tiemblan ante su presencia.

Ahora bien, este tipo de miedo, si alguna vez lo has sentido, si se ha producido en tu corazón por la contemplación de Dios, es una cosa elevada y sagrada y a ti se dirige esta promesa: "Con todo yo también sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia". Y ahora, ¿puedo regresar esta mañana, no puedo hacerlo personalmente, pero si con mi voz, a la pobre alma temblorosa que está abrumada por el pecado? Pobre hombre, ¿dónde estás? ¿Te ha atrapado el diablo y te ha cubierto con tus pecados para que no puedas ver el rostro del sol y contemplar la luz de la misericordia?

¡Escúchame! Puede que nunca esperes hasta que hayas dejado de esperar en ti mismo. Nunca vendrás a creer, hasta que no hayas dejado de creer en ti mismo. Hasta que no lo hayas perdido todo, no tienes derecho a tomar nada. Pero ahora, si has abandonado todas tus buenas obras y tu justicia, si sientes que no hay razón para que te salves, esa es la verdadera razón para que te salves. Mi Maestro me ordena que les diga a los desnudos que vengan a su guardarropa celestial y que tomen sus vestidos reales como vestimenta.

Me ordena que diga a los hambrientos que se apresuren a sus graneros celestiales y que se alimenten del viejo maíz del reino a tope. Me pide que diga a los sedientos que el Río de la Vida es ancho y profundo, y fluye libremente hacia todos los que tienen sed de él. Ahora, pecador, si estás enfermo de pecado y afligido de corazón donde estás, sígueme en espíritu

con estas palabras: "Oh Señor, conozco mi culpa y confieso mi miseria. Si me condenas a toda la eternidad, serás justo. Pero, Señor, ten piedad de mí, según tu promesa, que has hecho en Cristo Jesús, a los que confiesan sus faltas".

Si eso salió de tu corazón, sal por esa puerta y canta todo el camino a casa, porque eres un pecador perdonado. Nunca verás la muerte, la segunda muerte, la muerte del alma. ¡Vete a casa a tu habitación! Deja que tu corazón estalle en lágrimas de agradecimiento. Ve y póstrate allí y bendice a Dios porque te ha permitido ver que sólo Jesús puede hacer el bien a un pecador indefenso. Y luego, "ve por tu camino. Come tu pan con alegría y bebe tu vino con un corazón alegre. Que a tu cabeza no le falte aceite y a tu cara no le falte unguento, porque Dios te ha aceptado. Y tienes derecho a ser feliz. Vive alegremente todos los días de tu vida, de ahora en adelante y para siempre". Amén.

EstudiaLaPalabra.org